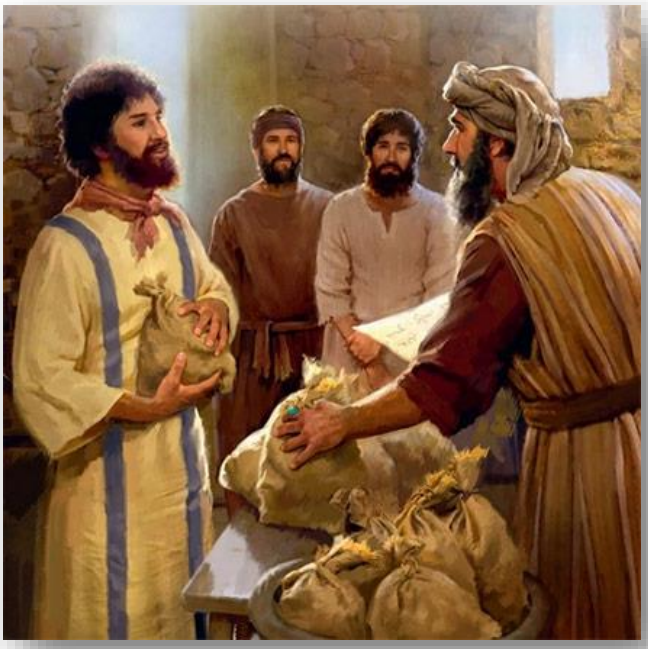
HACER RENDIR LOS TALENTOS



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Cuando regresó el rey a su país, mandó llamar a los empleados a quienes había entregado el dinero, para saber cuánto había ganado cada uno. Se presentó el primero y le dijo: 'Señor, tu moneda ha producido otras diez monedas'. Él le contestó: 'Muy bien. Eres un buen empleado. Puesto que has sido fiel en una cosa pequeña, serás gobernador de diez ciudades'» (Lc 19, 15-17).

Madre nuestra: las parábolas de las monedas y la de los talentos son una llamada a la responsabilidad. A cada persona Dios le ha dado

una riqueza para administrar, y lo normal es que sea diferente para cada uno. Existe la riqueza material, pero también la espiritual, que es más grande e importante. Qué más da si es mucha o poca la riqueza que uno tenga: a cada uno Dios lo juzgará de acuerdo a lo que ha recibido.

Y ese juicio será en función del fruto que se ha obtenido. Queda claro que para Dios no es suficiente que se haya conservado el talento recibido. Él es un Rey exigente, y quiere resultados. Si sus servidores responden eficazmente, Él no se deja ganar en generosidad, y premia con abundancia a los buenos y fieles.

Un primer paso que todos debemos dar es reconocer cuáles son esos talentos recibidos. Sin duda el más importante es el don de la fe, que, junto con la esperanza y la caridad, se recibe con el Bautismo. Pero vamos recibiendo más dones y gracias a lo largo de la vida, que hay que saber administrar.

Madre, ayúdame a ser honesto, reconociendo todo lo que he recibido de Dios, y a ser un siervo bueno y fiel, que responda generosamente, con obras y de verdad, a esas gracias.

Hijo mío: dime, ¿cuáles son tus talentos?

El Señor, que es bueno y generoso, te ha dado muchos talentos para que los pongas a trabajar.

Pero es necesario primero reconocerlos, saber cuáles son y cómo los debes usar, para que mucho fruto puedas dar, y a tu Señor buenas cuentas puedas entregar.

La humildad es la verdad. No faltarías a la humildad reconociendo las riquezas que abundan en tu corazón, las habilidades que has desarrollado a lo largo de tu vida, tus capacidades, y especialmente la gracia de Dios que abunda en ti para que hagas el bien en medio del mundo, y le des a Él lo que es suyo.

El día de tu Bautismo has recibido los dones de la fe, la esperanza y la caridad, que es la base de la riqueza espiritual de todo hombre. Porque, al poner a trabajar estos dones, se multiplican, se fortalecen tus virtudes, y creces en estatura, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres.

De estas tres virtudes depende tu vida espiritual, y todas las demás virtudes necesarias para alcanzar la santidad. Practícalas, pon tu fe por obra.

Que sea el tesoro de la fe lo que muchas almas reciban de ti. La fe que los enriquezca cuando eso admiren de ti, y deseen con todas sus fuerzas, con la alegría y la paz que tu vives, vivir.

Que los llene de alegría comprender, con tu ejemplo, que es maravilloso creer en Cristo y en el Evangelio, y dar la vida por Él.

Que los llene de esperanza ver en ti a una persona en la que el Señor ha puesto su confianza, porque eres fiel.

Que ardan de amor sus corazones cuando se acerquen a ti y te escuchen hablar de Cristo y alabar a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo.

Que cada persona con la que convivas no sea igual antes y después de tener trato contigo.

Que influyas positivamente en los corazones y llenes de armonía el ambiente, y sean por ti mejores.

Que encuentren tu corazón abierto y bien dispuesto a recibirlos, a enriquecerlos con tus tesoros siempre.

Que el Señor se alegre cuando ante Él te presentes, y vea, con gran satisfacción, que en ti ha hecho una buena inversión.

No desperdicies, hijo mío, los talentos que el Señor te ha dado.

No desaproveches la oportunidad que te da para ser santo.

Vive al máximo haciendo todo lo que puedas el día de hoy, trabajando por la justicia y la paz, sirviendo al prójimo, adorando al Señor, alabándolo, dirigiendote a Él con tu oración, pidiéndole la gracia de poder cumplir con tu responsabilidad, dispuesto a recibir lo que te dé, porque te aseguro que mucho tienes, y más te dará, pero de todo lo que tengas te pedirá cuentas.

Por tanto, reconoce tu debilidad y tu miseria, y acércate con confianza al trono de la gracia, para que recibas los medios para multiplicar tus talentos.

Tú solo no podrás, pero el Señor está contigo todos los días de tu vida, y su gracia te basta.

Aquí tienes a tu Madre. Recibe mi auxilio y mi compañía, para que puedas hacer en todo, lo que Jesús te pida.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 122)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes